

Laudate

BOLETÍN DE NUESTRA SEÑORA DE LA CRISTIANDAD-ESPAÑA



MARZO

Nº 54



El ofertorio proléptico en las diferentes tradiciones litúrgicas
Artículo del CIEL, por Rev. D. Gabriel Díaz Patri

Viernes de tapas sabor jamón (II): La abstinencia
D. Víctor Asensi Ortega,
Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados.

Vida de san Basilio (III).
Anfiloquio de Iconio.

Síguenos en nuestras redes sociales



Queridos fieles de Nuestra Señora de la Cristiandad- España:

Nos aproximamos con ilusión a la peregrinación Oviedo-Covadonga que este año 2026 comenzará exactamente en la festividad de nuestro excelso patrón Santiago Apóstol. Es un buen momento para que cada uno de nosotros pensemos en familiares, amigos, compañeros, sacerdotes, religiosas, hermanos en Cristo, a los que podamos invitar a participar en la VI edición de Nuestra Señora de la Cristiandad-España.

El año pasado ya fuimos 1 500 peregrinos. Si en esta edición cada uno llevamos a uno o dos amigos más, crecerán exponencialmente las personas que reciban las gracias del cielo, que tan abundantes se derraman durante la marcha y, especialmente, durante la celebración del Santo Sacrificio del Altar.

«Los amó hasta el final»: estas palabras, tomadas del Evangelio de san Juan, resuenan con especial eco en las semanas de Cuaresma en las que nuestra meditación se detiene particularmente en el camino del Calvario. Asimismo, en los tradicionales monumentos de Jueves Santo es frecuente encontrar esta expresión plasmada en la puerta de la urna eucarística: *In finem dilexit*. Así que en estos días busquemos a Cristo, para tratar a Cristo, para amar a Cristo.

Santa Cuaresma y muy feliz Pascua florida.

Íñigo Serrano Sagaseta de Ilúrdoz
Capellán general de NSC-E



EL OFERTORIO PROLÉPTICO EN LAS DIFERENTES TRADICIONES LITÚRGICAS

Artículo del CIEL, por Rev. D. Gabriel Díaz Patri

Nota: Agradecemos la generosidad del Centro Internacional de Estudios Litúrgicos (CIEL) por el permiso para publicar este artículo, fruto de una conferencia del XV Coloquio de dicho centro, que tuvo lugar el 5 de febrero de este año en Roma. El artículo se divide en dos partes: el número de este mes trata sobre la tradición occidental y el del mes que viene tratará la oriental. Pronto estará disponible completo en la página web del CIEL.

Cuando hablamos de «Missale Romanum», no nos referimos únicamente al promulgado por san Pío V y conservado sin modificaciones, en lo que respecta al ofertorio, hasta 1970. Se repite muy a menudo (y a veces en obras que no son de mera divulgación) la afirmación de que san Pío V, en su edición, habría decidido «fijar una selección de oraciones» tomadas de un grupo que hasta ese momento se encontraban en un misal u otro, por lo que se dice que él «estandariza el rito, elimina variantes locales ambiguas, encaja el Ofertorio rígidamente en la secuencia: Ofertorio → Canon → Consagración».

Pero una mirada a los diferentes misales «de la curia» y a los «de la regla» franciscana que han llegado hasta nosotros desde los primeros que pueden ser identificados como tales (siglo XIII) hasta el impreso por Junta en Venecia tres años antes del de san Pío V, en 1567, nos muestra que este conjunto de oraciones ha permanecido inalterado desde los primeros manuscritos, es decir, trescientos años antes de san Pío V, lo que hace un conjunto de setecientos años hasta nuestra época.

Esta confusión se debe, sin duda, al hecho de que se olvida con frecuencia que san Pío V no produjo un Misal como síntesis de los diferentes usados en ese momento en Occidente, sino que se limitó a hacer lo que hoy llamaríamos una «edición crítica» del Misal recibido de la tradición que hasta entonces se llamaba «Missale secundum usum romanae curiae» (o con



La Eucaristía, Jan van Kessel el Viejo, 1664.

nombre similar) y que, a partir de entonces, se llamará establemente «Missale Romanum». Las variantes latinas de las oraciones y ritos del ofertorio (así como, por otra parte, las secuencias) que encontramos en los manuscritos o en las antiguas ediciones impresas pertenecían a misales diocesanos o de órdenes religiosas y no al uso de la curia Romana, por lo que, si tenían más de doscientos años, no se vieron afectados por las disposiciones de san Pío V y, en caso contrario, fueron simplemente sustituidos por el misal por él promulgado. No se ha hecho, pues, ninguna labor de «estabilización» en una materia que ya era estable desde hacía tres siglos.

El esquema de la fórmula del ofertorio del pan del Misal Romano es el siguiente:

«Súscipe, Sancte Pater, hanc immaculátam hóstiam, quam ego (...) óffero tibi, pro innumerabílibus peccátiis (...) meis (...) sed et pro ómnibus fidélibus vivis atque defúntis: ut (...) proficiat ad salútem in vitam aetérnam».

‘Recibe, Padre santo, esta hostia inmaculada, que yo (...) te ofrezco por mis innumerables pecados (...) y también por todos los fieles vivos y difuntos, para que (...) aproveche para la salvación en la vida eterna’.

Como hemos dicho, esta fórmula ya estaba fijada en el siglo XIII; en cuanto a las otras fórmulas latinas, en general nos limitaremos a mencionar los ritos que se mantuvieron en uso hasta el siglo XX; para una perspectiva más amplia sobre los usos medievales anteriores y sobre otros misales diocesanos y de órdenes religiosas, véase Paul Tiro, *Histoire des prières d'offertoire dans la liturgie romaine du VIIe au XVIe siècle*.

En el **rito carmelitano** se encuentra esta fórmula:

«Acceptabilis sit maiestati tuae, omnipotens Deus, oblatio haec quam tibi offerimus pro reátibus et facinóribus nostris: et pro stabilitate sancte Ecclesie Catholice, necnon et pro animábus ómnium fidélium defunctorum. Per Chrístum Dóminum nóstrum. Amen».

‘Sea aceptable a tu majestad, Dios omnipotente, esta oblación que te ofrecemos por nuestras culpas y delitos, y por la estabilidad de la santa Iglesia Católica, así como también por las almas de todos los fieles difuntos. Por Cristo nuestro Señor. Amén’.

Esta oración es utilizada también, con algunas diferencias, en el **rito mozárabe** (Misal de Cisneros). El sacerdote dice entonces esta otra oración, que también se encuentra (casi idéntica) en el Misal de Lyon:

«Hanc oblatiónem quaésumus, Dómine, ut placátus admítte, et ómnium offeréntium, et eórum pro quibus tibi offértur, peccáta indúlge».

‘Esta oblación, te rogamos, Señor, acepta benignamente, y perdona los pecados de todos los que la ofrecen y de aquellos por quienes te es ofrecida’.

Las fórmulas del ofertorio en el **rito ambrosiano**, tanto para el pan como para el vino, no

son anticipatorias, sino que piden la transformación del pan y del vino ofrecidos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo respectivamente; sin embargo, el pan es llamado «sanctus», adjetivo que solo puede admitirse en la perspectiva de la transformación:

«Suscipe clementissime Pater hunc panem sanctum, ut fiat Unigeniti tui Corpus, in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen».

‘Recibe, clementísimo Padre, este Pan santo, para que llegue a ser el Cuerpo de tu Hijo unigénito’.

Con todo, añade, después, esta apología que puede ser vista como proléptica:

«Omnipotens, sempiterna Deus, placábilis, et acceptábilis sit Tibi haec oblátio, quam ego indígnus pro me mísero peccatóre, et pro delíctis meis innumerabílibus tuae pietáti óffero, ut véniam, et remissionem ómnium peccatórum meórum mihi concédas, et iniquitates meas ne despexeris, sed sola tua misericordia mihi prosit indigno».

‘Dios omnipotente y eterno, sea propiciable y aceptable para Ti esta oblación, que yo, indigno, ofrezco a tu piedad por mí, miserable pecador, y por mis innumerables delitos, para que me concedas el perdón y la remisión de todos mis pecados, y no desprecies mis iniquidades, sino que solo tu misericordia aproveche en favor de mí, indigno’.

Y, hacia el final del ofertorio, el sacerdote recita una bendición epiclética de carácter anticipatorio en su segunda parte:

«Benedictio Dei omnipotentis Patris et Filii et Spiritus Sancti copiosa de caelis descendat super hanc nostram oblationem: et accepta Tibi sit haec oblatio Domine Sancte Pater omnipotens Aeternae Deus, misericordiosissime rerum conditor».

‘Que la bendición abundante de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, descienda del cielo sobre esta nuestra oblación; y que esta oblación sea aceptada por Ti, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno, misericordiosísimo creador de todas las cosas’.

Por último, el **rito dominicano**, dirigiéndose no al Padre sino a la Santísima Trinidad, se expresa así:

«Súscipe, Sancta Trínitas, hanc oblatiónem, quam tibi óffero (...) et praésta, ut in cons-

péctu tuo tibi placens ascéndat; et meam, et ómnium fidélium salútem operétur aetérnam».

‘Recibe, Santísima Trinidad, esta oblación que te ofrezco (...), y concédenos que suba ante tu presencia como ofrenda agradable; y que procure mi salvación y la de todos los fieles para la vida eterna’.

En el momento de la ofrenda del cáliz, la tradición del Misal Romano lo llama *calix salutáris* y lo ofrece en sentido propiciatorio:

«Offerimus tibi, Domine, calicem salutáris, tuam deprecántes cleméntiam: ut in conspéctu divínae maiestátis tuae, pro nostra et totíus mundi salúte, cum odóre suavitátis ascéndat».

‘Te ofrecemos, Señor, el cáliz de la salvación, implorando tu clemencia, para que suba ante tu divina majestad como aroma suave, para nuestra salvación y la de todo el mundo’.

Esta fórmula es utilizada también por el rito de la Iglesia de Braga. Entre los demás ritos, solo el **mozárabe** incluye una fórmula de ofrenda del cáliz que, por lo demás, no es sino una variante de la del rito romano:

«Offerimus tibi Domine calicem ad benedicensanginem Christi Filii tui: deprecamurque clementiam tuam: ut ante conspectum divine Majestatis tuae cum odore suavitatis ascendat. Per eundem Christum Dominum nostrum».

‘Te ofrecemos, Señor, el cáliz para bendecirlo como Sangre de Cristo, tu Hijo; e imploramos tu clemencia para que, ante la presencia de tu divina Majestad, ascienda con aroma de suavidad. Por el mismo Cristo nuestro Señor’.

Por su parte, el **ambrosiano** repite la fórmula ya mencionada para la ofrenda del pan, con los cambios correspondientes:

«Suscipe, clementissime Pater, hunc calicem, vinum aqua mixtum, ut fiat Unigeniti tui sanguis. In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti. Amen».

‘Recibe, clementísimo Padre, este cáliz, vino mezclado con agua, para que llegue a ser la Sangre de tu Hijo unigénito. En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén’.

Los demás ritos no tienen una fórmula especial para acompañar la ofrenda del cáliz. La última de las oraciones del ofertorio, «Suscipe Sancta Trinitas...», es la más tempranamente docu-

mentada (en efecto, aparece ya en los misales más antiguos; se encuentra además en los ritos lionés y ambrosiano, y existe también en el rito carmelitano, bastante modificada, como fórmula única del ofertorio. Aunque a primera vista parece no ser más que una simple repetición del «Suscipe Sancte Pater», en realidad constituye su complemento. El ofertorio dominicano (cf. *supra*), aunque comienza con las mismas palabras, por su estructura y contenido es más asimilable al *Suscipe Sancte Pater*.

El esquema más completo es el siguiente: el sacerdote pide al Dios Trino que reciba la oblación ofrecida en memoria de la muerte de Cristo, los ritos Romano y ambrosiano añaden la resurrección y ascensión, el rito lionés añade la mención de la Encarnación y de la Natividad, y una mención en honor del Espíritu Santo consolador. Luego se ofrece en honor de los santos: en primer lugar, la Virgen María, san Juan Bautista, los santos apóstoles Pedro y Pablo, «todos los santos que han sido agradables a Dios desde el comienzo del mundo», aquellos cuya fiesta se celebra en ese día, aquellos cuyos nombres están inscritos en los «dípticos» y aquellos cuyas reliquias se encuentran sobre el altar en el que se celebra; y por nuestra salvación, para que todos aquellos a quienes honramos intercedan por nosotros.

El **rito ambrosiano** posee además dos oraciones que comienzan del mismo modo: una por el sacerdote y otra que enumera detalladamente las intenciones por las cuales se ofrece el sacrificio:

«Et suscipe, sancta Trinitas, hanc oblationem quam tibi offerimus pro regimine, et custodia, atque unitate Catholicae fidei: et pro veneratione quoque beatae Dei Genitricis Mariae, omniumque simul Sanctorum tuorum: et pro salute, et incolumitate famulorum, famularumque tuarum, et omnium, pro quibus clementiam tuam implorare polliciti sumus, et quorum quarumque eleemosynas suscepimus, et omnium fidelium Christianorum, tam vivorum, quam defunctorum, ut te miserante, remissionem omnium peccatorum, et aeternae beatitudinis praemia, in tuis laudibus fideliter perseverando percipere mereantur, ad gloriam, et honorem nominis tui, Deus misericordissime rerum conditor».

‘Y recibe, Santísima Trinidad, esta oblación que te ofrecemos por el gobierno, la custodia y la unidad de la fe católica; y también en veneración de la bienaventurada María,

Madre de Dios, y de todos tus santos; y por la salvación y protección de tus siervos y siervas, y de todos aquellos por quienes nos hemos comprometido a implorar tu clemencia, y de aquellos cuyas limosnas hemos recibido, y de todos los fieles cristianos, tanto vivos como difuntos, para que, por tu misericordia, merezcan obtener la remisión de todos sus pecados y los premios de la bienaventuranza eterna, perseverando fielmente en tus alabanzas, para gloria y honor de tu nombre, Dios misericordiosísimo creador de todas las cosas’.

A continuación, sigue la oración tomada de Daniel 3, 39-40:

«In spiritu humilitatis et in ánimo contrito suscipiámur a te, Dómine: et sic fiat sacrificium nostrum in conspectu tuo hódie, ut placeat tibi, Dómine Deus».

‘Con espíritu humilde y corazón contrito seamos acogidos por Ti, Señor; y que así nuestro sacrificio se realice hoy ante tu presencia de tal modo que te sea agradable, Señor Dios’.

Se la halla, con pequeñas variaciones, en todos los ritos latinos. Aquí se habla claramente de sacrificio, pero esta oración no lleva necesariamente a concebir un sacrificio ya presente, sino que podría leerse como la petición de obtener una disposición adecuada para ofrecer debidamente el acto sacrificial que se realizará poco después en la consagración.

En el **rito cartujano**, al decir: *In spiritu humilitatis...* el sacerdote eleva el cáliz. Esta era también la única oración privada del ofertorio en los ritos monásticos de Cluny y de Císter. Por último, en el **rito romano**, el sacerdote dice, dirigiéndose a los fieles:

«Oráte, fratres, ut meum ac vestrum sacrificium acceptabile fiat apud Deum Patrem omnipotentem».

‘Orad, hermanos, para que este sacrificio mío y vuestro sea aceptable a Dios Padre todopoderoso’.

La respuesta en el rito romano es:

«Suscipiat Dóminus sacrificium de manibus tuis ad laudem et glóriam nóminis sui, ad

utilitatem quoque nostram, totíusque Ecclesiæ suæ sanctæ».

‘El Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia’.

Mientras que en el **rito lionés** se responde:

«Dóminus Deus omnipotens suscipiat sacrificium de ore tuo, et de manibus tuis, ad utilitatem sanctae suae Ecclesiae, et ad salutem omnis pópuli christiáni, et ad remedium ómnium fidélium defunctórum».

‘El Señor Dios todopoderoso reciba el sacrificio de tu boca y de tus manos, para provecho de su santa Iglesia, para la salvación de todo el pueblo cristiano y para alivio de todos los fieles difuntos’.

En el **rito carmelitano** se dice:

«Memor sit Dóminus omnis sacrificii tui: et holocaustum tuum pingue fiat, tríbuat tibi secúndum cor tuum et omne consílium tuum confírmes».

‘El Señor se acuerde de todo tu sacrificio, y sea tu holocausto abundante; te conceda conforme a tu corazón y confirme todos tus designios’.

En el **rito dominicano**, el *Orate fratres* permanece sin respuesta. Y en el **rito cartujano**, el sacerdote no hace mención del sacrificio, sino que se limita a pedir:

«Orate fratres pro me peccatore ad Dóminus Deum nostrum».

‘Orad, hermanos, por mí, pecador, al Señor nuestro Dios’.

Tampoco en este caso se da respuesta alguna.

Aunque en el *Orate, fratres* se hable del «sacrificio», sin embargo, en este caso el sentido de anticipación no aparece como unívoco, ya que podría interpretarse como una petición de orar por el sacrificio que está a punto de comenzar (nos encontramos ya hacia el final del ofertorio). Lo mismo puede decirse de la respuesta correspondiente, en la que se afirman con claridad los fines del sacrificio, pero sin que ello implique necesariamente una anticipación del mismo.

VIERNES DE PAPAS SABOR JAMÓN (II): LA ABSTINENCIA

D. Víctor Asensi Ortega, Capítulo Nuestra Señora de los Desamparados



El triunfo del sacramento de la Eucaristía, Francisco de Herrera «El Mozo», 1656. Extraído de la web de la catedral de Sevilla.

En el anterior artículo definimos el sacrificio como la «oblación de algo que pierde su uso profano original para dedicarse exclusivamente a Dios». En este sentido, se dice, por ejemplo, que sacrificamos un espacio y un tiempo concreto (el templo y el domingo) para dedicarlo al culto divino. Así entendido, el sacrificio es un acto presente en toda religión.

Esto es así porque el hombre reconoce una ley superior a él, e intenta congraciarse con ella por

medio del sacrificio. Pero también vimos que nosotros, los cristianos, no necesitamos adivinar cómo deben ser los sacrificios válidos para Dios: el mismo Dios nos lo revela.

Y es que, en un acto de infinito amor, fue el mismo Dios el que se sacrificó de una vez y para siempre por el género humano. Ante tan venerable misterio, no puede añadirse en justicia ningún otro sacrificio de ninguna clase. Pero, como hemos dicho, la ley natural exige sacrifi-

cio, así que el renacer en Cristo, que es complejidad sobreabundante de la naturaleza, no destruirá una parte del hombre, sino que la elevará.

Además, esta elevación consiste en la posibilidad de actualizar el sacrificio de Cristo en el altar de la Santa Misa; y, junto a él, presentar también nuestros sacrificios, que Cristo en su infinita bondad acoge y valora, para que sean verdaderamente efectivos (pues de suyo no lo son). El sacrificio de Cristo captura las dos realidades del sacrificio expiatorio: Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, toma posesión de toda la creación y se le entrega al Padre, y, además, se entrega a Él mismo en la cruz para expiar los pecados de los hombres.

Es decir, como el mismo Dios Hijo le entrega a Dios Padre toda la creación, ¿qué le podemos dar nosotros, criaturas, a Dios? Nada. Pero Cristo nos da una vida nueva en el espíritu, nos hace con Él hijos del Padre y nos da la posibilidad de sumarnos a esa entrega, en virtud de su propio sacrificio. Como ya prefiguran los salmos, y no en vano repite el sacerdote en la comunión: «¿Qué devolveré al Señor por todo lo que me ha dado? Beberé la bebida de la salvación e invocaré su Nombre»¹.

Este es el marco del que debemos partir para entender el sacrificio cristiano. Aunque Cristo haya cumplido ya el sacrificio perfecto ante el Padre, nosotros seguimos necesitando tributar a Dios sacrificios por la virtud natural de la religión. Pero, por todo lo comentado, la materia del sacrificio es vaga y de difícil concreción, pues al mismo tiempo que todo nos es lícito, no todo nos conviene.

Visto así, tenemos delante una carga aparentemente muy pesada. ¿Cómo podría uno mismo decidir cuánta penitencia debe hacer? ¿Un día de ayuno testimonial al año, porque Cristo ya lo cumplió todo por mí? ¿O trescientos sesenta y cinco al año, porque peco cada día y soy indigno de Él? Por eso decimos que la fe cristiana exige la conciencia formada. No es un añadido optativo, no es algo que «viene bien tener por si

acaso el resto falla»; al contrario: «La conciencia es el primero de todos los vicarios de Cristo»².

Efectivamente, esta es una realidad estremeceadora. Pero el Señor no nos dejó solos, y una vez más nos presta la ayuda de su Iglesia, que verdaderamente actúa con amor de madre cuando concreta esta materia vaga con la fijación de los preceptos, haciendo esta carga ligera y cumpliendo así con las palabras de Cristo.

Lógicamente, como la Iglesia está marcando el sacrificio mínimo que se le debe a Dios por religión, está claro que hacer menos que eso llevaría a pecado. Por este motivo, no sería justo imponer cargas inconvenientes que llevaran a todos sus hijos al pecado. Pero, además, como los hijos de Dios gozamos de la libertad comprada por Cristo, tampoco sería propio que la Iglesia cargara un yugo rígido y pesado. Igualmente, claro está, esta legislación eclesial no exime de la necesidad (reitero, no optativa) de formar la propia conciencia.

Adentrémonos, entonces, en la abstinencia de carne. Esta es una de las concreciones de la Iglesia sobre qué penitencia debemos hacer todos los cristianos, y está mandada hoy en día para todos los viernes del año, aunque conmutable por otro sacrificio (excepto los viernes de Cuaresma), así como para el Miércoles de Ceniza y el Viernes Santo³. Como hemos visto, esto no es una sugerencia, sino la concreción de una obligación de ley natural.

Sin embargo, ¿qué pasa con todas las posibles concreciones de esta norma? ¿Qué pasa con las papas sabor jamón? La Iglesia provee esta legislación deliberadamente vaga, de forma que siga dejando espacio a la conciencia. Sin duda, si los cristianos pensáramos que la carne tiene algo de malo en sí, entonces la carne sería *treif* y las papas sabor jamón tendrían su pegatina *kosher*. Sería más fácil, pero esto no es la realidad (la carne es solo carne) ni es la justicia a la que nos llama Cristo. Él nos quiere reyes y sacerdotes, quiere que todo lo poseamos y todo lo podamos ofrecer.

¹ Salmo 115. Presente en las rúbricas romanas tradicionales. La traducción es adaptada de la «La Biblia Griega Septuaginta», traducción académica coordinada por Natalio Fernández Marcos y María Victoria Spottorno Díaz-Caro.

² John Henry Newman, citado en el 1778 del CIC.

³ La disciplina actual está regulada en los números 1249-1253 del código de derecho canónico, que declara todos los viernes del año y da potestad a las conferencias episcopales para «determinar la norma más precisamente». La Conferencia Episcopal Española reguló por decreto del 21 de noviembre de 1986 la posibilidad de conmutar la abstinencia los viernes que no son de Cuaresma.

Aun así, la Iglesia da directrices útiles si los fieles necesitan guía, o corrige errores muy patentes, todo con tal de que se cumpla el sentido de la abstinencia: el sacrificio. Estas recomendaciones, cuando son públicas, pueden ser útiles para guiar la conciencia del fiel. En el caso de las papas, no me consta ningún pronunciamiento, pero sí en muchas ocasiones se ha hablado de saborizantes: en general, se considera que no rompen la abstinencia si no se consume la carne en sí⁴. Las papas, por cierto, por lo general, ni siquiera llevan saborizantes derivados de la carne, de hecho, no suelen llevar nada de carne, y a veces sí llevan pegatinas del estilo «vegetarianas».

No obstante, muchos buenos católicos sospechan de las papas, ¿por qué? Efectivamente, aun sabiendo que no llevan carne, hay algo que se siente como una traición, como si se estuviera «circunvalando la norma» para poder comer carne. En realidad, esto podría ser un instinto muy católico: pues da primacía a la intención del corazón sobre la materialidad de la carne. Para juzgar rectamente, parece que es necesario preguntarse qué es lo que pasa con la carne para que nos tengamos que abstener de ella.

La verdad es que recorrer la Historia y el sentido de la abstinencia no es una materia trivial. Pero, brevemente, podemos decir que uno de los motivos por los que la carne aparece tantas veces como principal objeto de las restricciones alimentarias, incluso en otras religiones, es probablemente porque es (o era) el principal pilar de la alimentación.

Durante siglos se consideraba que la carne era lo que más alimentaba. En cierto sentido, no es mala intuición: si el hombre cría y alimenta un mamífero de forma que crece sano, se entiende que ha incorporado todos los nutrientes necesarios para hacerlo, y dado que yo necesitaré una composición similar de nutrientes (por ser similar al mamífero) al consumir al mamífero consumiré esos nutrientes. Abstenerse de la carne significaba el mayor sacrificio alimenticio posible.

A esto se le han sumado muchas razones accidentales a lo largo de los siglos. Algunos Padres de la Iglesia lo han relacionado con la restau-

ración de la justicia original del Edén, donde el hombre no habría consumido carne. Y no son pocas las veces que los santos han recomendado dar como limosna lo que se ahorra con el ayuno o la abstinencia. Y no, aunque se oiga mucho hoy en día, este nunca fue el motivo principal por el que la abstinencia es de carne. Quizá la carne era un lujo para las masas desposeídas de los dos últimos siglos, pero durante la mayor parte de la cristiandad fue un alimento cotidiano.

Durante la Edad Media, se entendía que consumir carne y sangre aumentaba dicho humor (la sangre) y el calor vital, cuyo excedente se dirigía a la creación de materia seminal que, en última instancia, despertaba la lujuria. Esta es la explicación que santo Tomás da en la *Suma*⁵. Bajo esta teoría, la carne sí tendría algo evitable por sí misma. Si de verdad la carne despertara la lujuria, esto sería un dato que la recta conciencia tendría que tener en cuenta siempre, y que haría el hecho de comer carne algo más sospechoso.

Con el desfase de la medicina galénica, la Iglesia abandonó estas explicaciones. Durante el barroco, las explicaciones se centraron mucho más en el tema jurídico y en la pesadez que provocaban los alimentos cárnicos. También es importante mencionar que debido a la bula de cruzada, que dispensaba de la abstinencia de carne y era muy popular, la práctica de abstinencia en España no tuvo tanta fuerza⁶.

El otro gran motivo para abstenerse de la carne era el carácter sacrificial, en su segunda acepción. Sacrificar un animal también significa matarlo para consumirlo. En realidad, no es casualidad que esta palabra también signifique esto, pues ambas acepciones están muy relacionadas. El hombre no es un sistema aislado que simplemente consume carne y se alimenta. Como es un ser religioso, cuando consume lo que él considera su primer alimento, da gracias a Dios. Por eso, no es raro que los sacrificios animales sean rituales y sean, también, ofrecidos a Dios.

Por ejemplo, para el pueblo de Israel la sangre era la vida del animal, y, como la vida le pertenecía a Dios, la sangre de un animal no se po-

⁴ Por ejemplo, la Conferencia Episcopal Estadounidense, [aquí](#).

⁵ ST, II-IIae, q. 147, a. 8.

⁶ María del Pilar MARTÍNEZ LÓPEZ-CANO, *La Iglesia, los fieles y la Corona, La bula de la Santa Cruzada en Nueva España, 1574-1660*.

día consumir⁷. Es por esto que para sacrificar animales había que degollarlos (que es, por cierto, el mismo ritual que convierte la carne de cordero en *halal*, pues los musulmanes siguen adhiriéndose a esta creencia veterotestamentaria). Además, el *kashrut* prohibía alimentarse de animales «anómalos», pues no se consideraban dignos, como los animales acuáticos sin escamas, aletas o que no nadaran (pulpo, langostas...), terrestres que tuvieran pezuña partida o no rumiaran (cerdo, camello...) o aves que comieran carne o sangre (águila, buitre...).

Los pueblos paganos, por su parte, no tenían grandes restricciones alimentarias. Ciertamente existían. Por ejemplo, en el culto a Isis (muy popular en Roma) se abstenían de la carne durante las vigiliass, pero una norma fija como «el cerdo es impuro» era mirada con extrañeza por los paganos. Sin embargo, sí tenían también un sacrificio ritual de los animales. Por lo general, la grasa y los huesos se quemaban y se ofrecían a los dioses, mientras que la carne se consumía y se vendía en los mercados (que era el grueso de la carne que se comerciaba).

En los primeros años de la Iglesia, esto supuso cierto conflicto. Ya vimos en el artículo anterior que desde la visión de san Pedro, unos años después de la Ascensión, la Iglesia aceptó la consumición de todos los animales. Aun así, durante los siguientes años, surgió este debate que estamos tratando hoy: ¿Qué preceptos sacrificiales de la ley antigua deben seguir manteniéndose? Durante estas décadas, san Pablo ya había dejado muy claro que es Cristo, y no la ley antigua, la que salva. Pero, a pesar de ello, era necesario mantener una serie de normas respecto al sacrificio. El conflicto vino porque los judíos conversos querían mantener las normas de la antigua ley, y los paganos conversos no las cumplían.

La disputa se cerró en torno al año 50 en el concilio de Jerusalén. Ahí, san Pedro demostró ya que la Iglesia no debía imponer cargas pesadas a sus hijos, como era la ley mosaica: «¿Por qué tentáis a Dios poniendo sobre el cuello de los discípulos un yugo que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar?» (Hch 10, 15).

Santiago, de acuerdo con Pedro, propuso que se redujeran las normas a las mínimas necesarias para garantizar la convivencia, y así se escribió en los decretos del concilio a los paganos conversos: «Porque ha parecido bien al Espíri-

tu Santo y a nosotros no imponeros otra carga fuera de estas necesarias: que os abstengáis de manjares ofrecidos a los ídolos, de la sangre, de lo ahogado y de la fornicación; guardándoos de lo cual os irá bien. Adiós» (Hch 10, 28-29).

Como vemos, la Iglesia decide mantener la prohibición sobre el consumo de sangre y los animales sofocados (en contraposición a los degollados), así como la carne sacrificada a los ídolos. Sin embargo, incluso estos decretos dados por los apóstoles directos de Nuestro Señor, no se aplicaron ciegamente sin atender a la realidad de las cosas, como entenderemos más adelante.

Unos cuatro o cinco años después, san Pablo escribe la primera carta a los Corintios, en la que dedica dos capítulos (el 8 y el 10) a explicar el tema de la carne sacrificada a los ídolos. En Corinto, una bulliciosa metrópoli griega, toda o casi toda la carne había sido sacrificada a los ídolos, y el concilio había prohibido comer esa carne. Pero san Pablo no se limita a recordarles que no pueden comerla. Al contrario, les recuerda que todo lo que hay en la tierra les pertenece, que los ídolos son falsos, y que pueden (*ex ante*) comer esa carne. Eso sí, les impone que no deben aprovecharse de esa libertad para ser imprudentes. Él nota que hay conversos que se escandalizan por comer la carne de los ídolos, o por ver a sus hermanos comerla. Los que escandalizan, «contra Cristo pecáis» y «si el manjar escandaliza a mi hermano, no comeré yo carne nunca jamás» (1 Cor 8, 12-13).

No obstante, también les dice: «Si os convida alguno de los infieles y aceptáis, comed de cuanto os pongan delante, sin inquirir nada por motivos de conciencia. Mas si alguno os dijere: “Esto fue inmolado”, no comáis, en atención a aquel que lo señaló, y por la conciencia» (1 Cor 10, 27-28). Por último, san Pablo termina todo este discurso con una idea esencial: todo este discernimiento se hace «no buscando mi propio provecho, sino el de todos para que se salven» (1 Cor 10, 33).

Con los años, especialmente tras la destrucción del templo en el 70, esta discordia se disipó, y con ella los decretos específicos del concilio. No obstante, algunas iglesias ortodoxas siguen manteniendo la prohibición de comer sangre, pues ellos consideran que fue una medida «inflexible». Un episodio similar se dio con la conversión de Bulgaria, donde Roma se mostró mu-

⁷ Levítico 17, 10-16.

cho más flexible que Constantinopla respecto a la conservación de las costumbres búlgaras.

Aplicado a nuestras papas y a nuestra Cuaresma, san Pablo nos enseña que no es católico ir leyendo las tablas de equivalencias de los asépticos códigos de los ingredientes de las papas para saber si alguno contiene una molécula de carne, ni es católico querer una lista de alimentos «permitidos» y «prohibidos». Ahora bien, tampoco nos enseña que la abstinencia sea una sugerencia, o peor, que esté sujeta a la simple conveniencia.

El sentido de la abstinencia es hacer un sacrificio. Y si no comer papas sabor jamón en una fiesta es un sacrificio, entonces, lo mejor que puedes hacer es no comerlas y ofrecerlo al Señor, aunque no lleven carne. Pero si vas a visitar a tu tía abuela un viernes de Cuaresma y te saca unas papas sabor jamón, en ese contexto, lo mejor que puedes hacer es comértelas con una sonrisa y agradecersele. La penitencia se hace para Dios, y para Él se hacen los sacrificios. Y la Iglesia debe ayudar a esto, no ponérselo más difícil.

VIDA DE SAN BASILIO (III)

Anfiloquio de Iconio

Capítulo VI

Después de algún tiempo, Basilio pidió a Dios que le concediese la gracia de la sabiduría y del entendimiento, a fin de ofrecer a Dios con sus propias palabras el sacrificio incruento, y de que llegase a la presencia del Espíritu Santo, y, después de seis días, puesto como en éxtasis por la venida del Espíritu Santo, comenzó a ministrar a Dios cada día. Después de algún tiempo, con fe y mucha oración, empezó a escribir por su propia mano los misterios de la Misa. Cierta noche, presentándosele el Señor en visión, junto con los Apóstoles, mientras hacía la proposición del pan en el santo altar, el Señor levantó a Basilio, diciendo: «Según tu petición, llénese tu boca de alabanza, para que con tus propias palabras ofrezcas el sacrificio incruento», y, no soportando sus ojos la visión, se levantó temeroso y, acercándose al santo altar, empezó a decir y a escribir en un papel así: «Llena mi boca de alabanza, para que alabe tu gloria, Señor Dios, que nos creaste y nos trajiste a esta vida», y las demás oraciones de la Santa Misa. Y, terminadas las oraciones, levantó el pan, orando con más abundancia y diciendo: «Míranos, Señor Jesucristo, Dios nuestro, desde tu santa morada, y ven a santificarnos, que estás sentado arriba con el Padre, y estás aquí invisiblemente presente con nosotros, y dignate concedernos con tu poderosa mano, y por nosotros a todo el pueblo, lo santo a los santos».



El encuentro de Abraham y Melquisedec (detalle), Pedro Pablo Rubens, 1625 ca., Óleo sobre tela. Extraído de la colección digital del Museo del Prado.

Y el pueblo respondía: «Un solo santo, un solo Señor Jesucristo con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén». Y partiendo el pan en tres partes, tomó una con mucho temor, otra la guardó para su entierro, y la tercera, poniéndola sobre una paloma de oro, la colgó sobre el altar.

Eubulo y los principales del clero, de pie a las puertas del templo, veían una luz espiritual en el templo, y hombres resplandecientes vestidos de blanco, y la voz del pueblo glorificando al Señor, y a Basilio celebrando en el altar, y, consternados por esta visión, cayeron rostro en tierra, glorificando al Señor con lágrimas. Cuando salió Basilio, cayeron a sus pies, y él les preguntó el motivo de su reverencia y venida, y ellos le relataron el gloriosísimo milagro que habían visto en el templo. Así pues, Basilio llamó a un orfebre para que hiciese una paloma de oro purísimo, y puso en ella la partícula, colgándola sobre la santa mesa, a semejanza de aquella santa paloma que se apareció en el Jordán al Señor bautizado. Hecho esto, prometió que predicaría un sermón de exhortación al pueblo, y se reunió una muchedumbre infinita en la iglesia, en la que estaba el varón grande,

cultor de Dios, Efrén, de quien diremos después cómo pudo contemplar la divina aparición del memorable Basilio.

Capítulo VII

Así pues, mientras se celebraba el divino oficio, un cierto judío se mezcló entre el pueblo como si fuese cristiano, queriendo observar el orden del oficio y el don de la comunión, y vio cómo un niño, poco a poco, caía en las manos de Basilio, y, comulgando todos, vino, él también, y se le dio verdadera carne; después se llegó al cáliz, que estaba lleno de sangre, y se hizo partícipe de él. Y llevándose consigo reliquias de carne y sangre, se dirigió a su casa y las mostró a su esposa en confirmación de lo que se decía, relatando lo que había visto con sus propios ojos. Creyendo, pues, que era en verdad estremecedor y glorioso el misterio de los cristianos, se fue al día siguiente a suplicar a Basilio que, sin dilación, le concediese recibir el signo de Cristo. Basilio, por su parte, sin descuidar nada, dando las acostumbradas gracias a aquel que quiere que todos se salven, lo bautizó con toda su casa, que creía en el Señor.

Suscríbete a nuestro boletín

Pincha en el enlace de abajo para suscribirte a nuestro boletín *Laudate* y ayudarnos a difundirlo.

Suscríbete